

LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx

NO. 177

LA VERDADERA UNIVERSIDAD DE HOY ES UNA BUENA COLECCIÓN DE LIBROS

Thomas Carlyle
1795-1881

*Thomas Carlyle (nació en Ecclefecham, Escocia, el 4 de diciembre; murió en Londres, el 5 de febrero) fue considerado en su tiempo como uno de los principales pensadores ingleses del siglo XIX. Historiador y ensayista, escribió en diversos periódicos y revistas. De su producción escrita se recuerdan, entre otros libros, **Historia de la Revolución francesa** (1834), **Pasado y presente** (1843), **Historia de Federico II de Prusia** (10 volúmenes, 1858-1865). Pero la obra que consagró su fama fue **Los héroes** (1840) donde se recogen los textos de seis conferencias suyas, cuya tesis principal afirma que el avance de la civilización se debe a la actividad de los héroes. Aquí ofrecemos un fragmento de la quinta conferencia*

De cuanto inventó el hombre, lo más maravilloso es, en realidad, el arte de la escritura. Los caracteres rúnicos de Odín fueron la forma primera del trabajo de un héroe; los libros, palabras escritas, son hoy recientes y milagrosos runos. En los libros está contenida el alma de los fenecidos tiempos; es la voz que perceptiblemente articula el pasado, cuando la materia corporal se ha desvanecido como un sueño. ¡Cuán grandes esos ejércitos, esas armadas poderosas, esos puertos y arsenales, y vastísimas ciudades, que estremecen los ruidos de potentes locomotoras; esos palacios y monumentos magníficos! ¡Cuán precioso todo! Pero ¿en qué

vendrá a parar en el curso de los siglos? Grecia, con todos sus Agamenones y Pericles, ha desaparecido y convirtiéndose en fragmentos, en tristes y pálidas ruinas...; ¡menos los libros helénicos! Allí está el dorado archipiélago; allí vive literalmente Grecia todavía. Presente para todos los pensadores, por sus libros podemos resucitarla, volverla a la vida. No existe runo que iguale la magia y el extraordinario poder de un libro. Cuanto hizo, pensó y ganó la Humanidad, cuanto fue, yace preservado, como por arte de encantamiento, en las páginas de un libro. Los libros son como una posesión selecta de los hombres.

¿No nos cuenta la leyenda que los libros, ni más ni menos que los runos, realizan milagros? Los libros persuaden a los hombres. La más vulgar novela, de esas que en remotas aldeas entretienen los ocios de las muchachas sencillas, contribuye a desenvolver lo actualmente práctico en cuanto concierne a las costumbres e interno orden de la economía doméstica de aquellas jóvenes indoctas. Celia pensaba de este modo; Clifford obraba de otro; el teorema de la vida, impreso temprano en aquellas imaginaciones juveniles, llega día en que se reproduce verdaderamente en lo práctico real.

Considerad ahora si jamás hubo ningún runo, en la más fecunda imaginación de mitólogo alguno, que llegara a realizar en esta tierra nuestra las estupendas maravillas obradas por algunos libros. ¿Qué presidió a la edificación de la catedral de San Pablo? Si penetráis en la esencia de la cosa, veréis que la causa fue ese libro hebreo que llamamos divino, en cierto modo la palabra de Moisés, un proscrito sentenciado a muerte, y que cuatro mil años atrás cuidaba rebaños en las laderas del Sinaí.

H

Marzo 25 de 2004

Academia de Humanidades FES-Acatlán

Aunque rara, la cosa es, sin embargo, verdadera. Con el arte de escribir, del cual no es la imprenta sino un simple e inevitable corolario, insignificante si bien se le compara, comenzó el reino verdadero de los milagros para el género humano; relacionó íntima y estrechamente, con maravillosa y perpetua contigüidad, lo pasado y distante con lo presente en tiempo y lugar; todos los lugares y todos los tiempos con el de la época que corre ahora. Cambiaron de forma todas las cosas útiles para el servicio del hombre, todos los sistemas de todos sus trabajos importantes: la enseñanza, la predicación, el gobierno, etc.

Hablemos, por ejemplo, de la enseñanza. Notable producto, a la vez que respetable, de los modernos tiempos, son las Universidades, cuya existencia, a la vez que su mismo caudal de libros, ha sufrido radical transformación. Las Universidades aparecieron cuando la adquisición de un libro estaba al alcance de poquísimas fortunas; en tiempos en que para adquirir un libro había que deshacerse de una hacienda. En semejantes circunstancias, si aparecía un hombre con alguna novedad científica que comunicar, le era absolutamente necesario convocar en torno suyo a cuantos desearan adquirir noticias de ella.

Quien deseaba aprender todo lo que sabía Abelardo no tenía más remedio que ir a escuchar lo que Abelardo enseñaba. Hasta treinta mil personas habían formado el auditorio de Abelardo deseosas de oír de labios del filósofo aquella su célebre teología metafísica. Para cualquier otro instructor que tuviese también algo propio suyo que enseñar, la ocasión no podía ser más oportuna, esto es, la de tener allí tantos millares de auditores reunidos; no hallaría otro pasaje tan bueno como aquél. Para un tercer instructor, valía más aún, y mejoraba más y más a medida que acudían nuevos instructores. No se necesitaba sino que el rey tuviese conocimiento de este nuevo fenómeno, que aglomerara o uniese las diferentes enseñanzas en una sola escuela, que le diere los correspondientes edificios con las necesarias rentas y privilegios y toda clase de estímulos, llamándola Universitas, o escuela de todas las ciencias. La Universidad de París, en sus caracteres esenciales, no tuvo otro origen. Fue el modelo de todas las Universidades sucesivas que han ido fundándose hasta ahora por espacio de seiscientos años. Éste fue, a mi parecer, el origen de las Universidades.

Es evidente que con esta sencilla circunstancia, la facilidad de obtener libros, transformáronse completamente todas las condiciones del asunto. Si la invención de la imprenta no anuló del todo las Universidades, cuando menos pudo decirse que sufrieron una radical metamorfosis. No necesita ya el maestro reunir personalmente en torno suyo a cuantos desearan oírle hablar, con objeto de aprender lo que él sabía; con imprimirlo en un libro, los estudiantes todos, de cerca y de lejos, podrían obtenerlo por una friolera y estudiarlo con más conveniencia y eficacia en sus propias casas.

Es indudable que en el discurso oratorio hay todavía peculiar virtud; los mismos autores creen conveniente servirse de la palabra en algunas circunstancias; ¡testigo, si no, la presente reunión en este sitio! Puede afirmarse que hay, y tendrá que haber siempre, mientras tenga lengua el hombre, una jurisdicción distinta para el discurso, lo mismo que para la escritura y la imprenta. Lo mismo que otras cosas, la necesidad de las Universidades se dejará sentir siempre, y nunca podrá suprimírselas.

No obstante, hasta la hora presente no se ha señalado ni fijado aún los límites de ambas jurisdicciones, ni mucho menos llevado a la práctica, una Universidad susceptible de concebir y de admitir omnímodamente este grande y nuevo factor, la existencia de libros impresos, y colocarse sobre una base despejada, en consonancia con nuestro siglo, como la de París lo estuvo con el decimotercio; no se ve que asome, ni hay indicios de que aparezca todavía en mucho tiempo, por nuestro horizonte.

Con todo, pensándolo bien, todo lo que una Universidad, o, como si dijéramos, conjunto de todas las escuelas superiores, puede hacer por nosotros, se reduce, poco más o menos, a lo que hizo la primera escuela que se creó: enseñarnos a leer. Aprendamos a leer en varias lenguas, en varias ciencias; aprendamos el alfabeto y letras de toda clase de libros. Pero el lugar donde es posible obtener la ciencia toda, hasta la teórica, no es otro sino los mismos libros. Nuestra ciencia teórica depende de lo que leemos, después de cuanto hicieron por nosotros excelentes profesores. La verdadera Universidad es hoy una buena colección de libros.

Quinta conferencia
(Martes, 19 de mayo de 1840)

Fuente: Thomas Carlyle. "El héroe como hombre de letras" en *De educación y otros temas*. Antología en preparación por Sergio Montes García.